

El pueblo, de su rabia en el delirio,  
le arrastra sin piedad, y antes que muera,  
le impone, al fin, por último martirio,  
la pena de morir en una hoguera.

Le arrojan á la llama, y los sayones,  
celebrando el tormento merecido,  
lanzan gritos de horror y maldiciones  
en torno del suplicio del vencido.

Se va el águila, al fin, carbonizando  
entre la hoguera en que cayó jadeante,  
mientras se iba entre el humo levantando,  
de Honorio el cadavérico semblante.

Y huye después, y en tanto que divisa  
la hoguera y los sayones, sobre el mundo  
va arrojando una histérica sonrisa,  
que revela el desprecio más profundo.

Y como suele á veces de la esfera  
bajar desconocido un meteoro,  
desciende Soledad, y entra en la hoguera  
con tez de nieve y con cabellos de oro.

Y en el incendio de que Honorio huía,  
cual mártir voluntario se atormenta,  
y al cielo el rostro con dolor volvía,  
como diciendo á Dios:—Ténselo en cuenta.—

Tranquilo el corazón, el alma pura,  
santa redime al obcecado amante;  
y brilla más al fuego su figura,  
como al darle la luz brilla el diamante.

Vuelta hacia el cielo la gentil cabeza,  
triste y alegre Soledad tenía  
los ojos impregnados de tristeza  
y la frente radiante de alegría.

Después de tanto afán y penas tantas,  
cuanto sufre por él, tanto ella goza,  
obrando generosa cual las plantas,  
que perfuman el pie que las destroza.

Y, en vez de un diablo, el público no mira  
que abrasa á un ángel de hermosura extrema,  
pues sucede á menudo que la ira,  
por quemar á un demonio, á un ángel quema.

## JORNADA CUARTA

### ESCENA XIX

#### LA TRANSMIGRACIÓN Á UN HOMBRE

LUGAR DE LA ESCENA: *Diócesis del obispo Palaciano*

PERSONAJES: LOS DOS HONORIOS

ARGUMENTO.—El alma de Honorio, completando la escala de los seres, vuelve á transmigrar al cuerpo de un joven profeso, á quien, al confirmarle el obispo Palaciano, había puesto el nombre de Honorio, en memoria de su difunto hermano.

Y cuando esto sucede, en un convento  
vive feliz un joven en clausura,  
alma de fe, de paz, y de contento,  
de inocencia impregnada y de dulzura.

Con el nombre de Honorio, siendo niño  
le confirmó el obispo Palaciano;  
recuerdo inolvidable del cariño  
que profesaba á su difunto hermano.

Sin historias presentes ni pasadas,  
sólo en las ciencias su pasión encierra,  
como una de esas almas resignadas  
que jamás se confían á la tierra.

Grande es su fe, severa su alegría,  
sus mejillas y labios sonrosados;  
limpia y blanca, su frente parecía  
la frente de una niña sin cuidados.

Un día cierto espíritu que vuela,  
de niebla el brillo de sus ojos cubre,  
como la escarcha los retoños hiela  
de los últimos soles del Octubre.

Algo en su pecho abrasador se embebe,  
pues, de pronto, esta noble criatura  
presiente que á su espíritu de nieve  
un bautismo de fuego transfigura.

Y lo mismo que un alma que no ha amado  
se encuentra, sin saberlo, á otra alma unida,  
sobre la vida, el joven, que ha gozado,  
¡fatal resurrección! siente otra vida.

Y es que, uno resignado, otro altanero,  
con la duda amargando la inocencia,  
en el humilde Honorio, Honorio el fiero  
transubstancia su vida en su existencia.

Al joven, con dolor, como el que siente  
su juventud á una vejez unida,  
ya empieza á parecerle vagamente  
sueño de fecha inmemorial su vida.

Tranquilo sin razón, ó turbulento,  
ve á veces con terror, y otras con calma,  
que un vapor tan sutil como su aliento  
turba sus ojos ó ilumina su alma.

Parece que le envuelve y no le toca,  
algún ser escapado de la tumba,  
que, impalpable, al pasar, besa su boca,  
late en sus venas, y en sus sienas zumba.

En los sueños sin fin que le extravían,  
más que el cuerpo su espíritu embarazan  
manos de luz que á su pesar le guían,  
y brazos aeriformes que le abrazan.

Al ver que sobre su alma se desploma  
la invisible presión de alguna mano,  
se agita con pavor, cual la paloma  
se agita bajo el vuelo del milano.

Se vuelve en torno, mira, y no ve nada;  
mas siente que tenaz, fría, invisible,  
en el fluído eléctrico mezclada,  
le acosa una influencia indefinible.

Turbado entre tristeza y alegría,  
con noble abnegación y hondo egoísmo,  
con dos almas se encuentra cierto día,  
prisionero de guerra de sí mismo.

Luchan con ira ó con mortal desmayo,  
con sus gustos pasados los presentes,  
cual si hubiese su espíritu algún rayo  
partido en dos mitades diferentes.

En un alma que ríe, otra que llora,  
como el mal en el bien, al fin se anida.  
¡Oh Dios! y ¡cuántas veces, como ahora,  
se anidará otra vida en nuestra vida!

Así en lucha tenaz, en el pequeño  
Honorio el grande se embebió implacable,  
encadenando á un porvenir risueño  
un pasado del todo irreparable.

Y el joven, sollozando, se decía:  
—«¿Habrá cual mi dolor, dolor alguno?  
¿Me guió yo á mí mismo, ó quién me guía?  
¿Vengo á ser uno en dos, ó dos en uno?»

«Si la que ayer pensaba era mi mente,  
esta conciencia de hoy no es mi conciencia;  
ó yo soy otro, ó misteriosamente  
repercute en mi ser otra existencia.

«Tendré fe en Dios, pues con su santa ayuda  
toda la luz de la verdad se alcanza.»  
Y calla, y al callar, cae en la duda,  
desde el cielo feliz de su esperanza.

Así, una vez creyendo, otras dudando,  
queda el alma del joven confundida,  
temerosa de sí, como buscando  
por qué puerta escaparse de la vida.

## ESCENA XX

### EL BIEN Y EL MAL

LUGAR DE LA ESCENA: *El cuerpo humano*

PERSONAJES: DOS ALMAS EN UN CUERPO

ARGUMENTO.—Existencia antitética del bien y el mal. El espíritu del joven, viéndose contrariado por las inclinaciones del alma transmigrada, huye y deja en su cuerpo, alojada y sola, el alma de Honorio.

Al profeso infeliz desde aquel día  
á nueva vida el corazón abierto,  
su morada claustral le parecía  
un sepulcro perdido en un desierto.

Llevando Honorio al joven sus dolores,  
juntos así vivieron y penaron:  
cual en el tallo de una flor, dos flores,  
dos almas en un cuerpo se injertaron.

De pesar abrumado, y siempre en vela,  
con dos almas cargado, el cuerpo gime,  
y lucha, y forcejea, y se rebela  
bajo el peso de hierro que le oprime.

Confuso el joven, distraído, inquieto,  
si se asoma al jardín, mira embebido  
en el árbol de enfrente algún objeto  
que nunca ha estado allí, pues no ha existido.

De hastío y de dolor el joven muere,  
pensando que es un alma desolada,  
que segura no está de lo que quiere,  
mas que no quiere del presente nada.

¡Tormento universal! ¿Cuál ser obscuro  
hace inútil la acción de su albedrío?  
Porque el joven Honorio está seguro  
que entre su cuerpo y él corre algo frío.

¿Podrá ser que á nuestra alma, otra alma infusa  
sus recuerdos le añade y sus flaquezas,  
cuando, al sentirse dominada, acusa  
á la carne infeliz de sus torpezas?

¡Cuántas veces herido de pasada,  
en esta vida de inquietud que llevo,  
por causa de un pesar, de una mirada,  
transformado mi ser, nací de nuevo!

Del alma de aquel joven frente á frente  
queda el alma del hombre transmigrado,  
como al lado de un ser bueno y creyente  
vive otro ser rebelde y sublevado.

Las dos almas en lucha fratricida  
se ahogan en un cuerpo, y de esta suerte,  
mezclada á los deseos de la vida,  
siente el joven las ansias de la muerte.

Vagando por sus miembros agitados,  
circula el alma de él como una loca,  
al ver por otro espíritu animados  
sus turbios ojos y su inquieta boca.

Aquel cuerpo sin paz sirve de asilo,  
además de la propia, á un alma ajena,  
y esclavo de las dos, sufre intranquilo,  
tras noches de pesar, días de pena;

pues viviendo azorado noche y día  
pensando si creía ó si dudaba,  
aunque una parte de su ser creía,  
en medio de su fe se despreciaba.

Luchando entrambas en batalla ruda  
dentro de un cuerpo en desigual manera,  
el alma transmigrada siente y duda,  
el alma del profeso cree y espera.

Y en el cuerpo infeliz, de ambas juguete,  
un alma candorosa, y otra impía,  
ésta le dice á la esperanza:—¡Vete!—  
y aquélla:—¡No te vayas todavía!—

Y en terrible y perpetua discordancia,  
rechazan ó acarician la ventura,  
la del uno jovial como la infancia,  
la otra triste cual la edad madura.

Lo que hace un alma, la otra lo deshace.  
¡Oh fiel imagen de las ansias mías!  
¡Tener una cabeza que renace,  
y sentirla cortar todos los días!

Aunque va de pesar y horror cubriendo  
al alma buena el alma sin ternura,  
el joven, por bondad, sigue creyendo  
la mitad de sí mismo en la ventura.

¡Oh! Dejad á la mente confundida  
sus recuerdos confusos y adorados;  
si ilumináis los días de la vida,  
no serán lo que son, iluminados.

Tenaz Honorio, en fin, ahogó iracundo  
al alma joven, que murió de pena;  
y como el mal al bien suele en el mundo,  
derrotó el alma grande al alma buena.

Y muerta esta alma ya, sin lucha alguna,  
en el cuerpo gentil, de gracia espejo,  
sólo quedó de las dos almas una,  
muriendo el joven y naciendo el viejo.

Juntando Honorio á la altivez la gracia  
en el cuerpo hoy soberbio, antes sencillo,  
con tal facilidad lleva su audacia  
como el tallo la flor, y el sol su brillo.

Aunque Honorio llevaba, transmigrando,  
su memoria, razón y sentimiento,  
el cuerpo de hombre, en que se entró volando,  
la esencia le ofuscó del pensamiento.

¡Oh humana confusión! Sólo Dios sabe  
por cuál secreto fin y extraño modo,  
al mismo que vió claro siendo un ave,  
hombre después, se le obscurece todo.

Sola en el cuerpo el alma transmigrada,  
quedando cual la flor que, sin rocío,  
repliega su corola, condenada  
á eterna soledad, á hondo vacío,

tan sólo al cielo en admirar se emplea:  
que el alma que su origen adivina,  
siempre hacia Dios, aunque rebelde sea,  
como las flores hacia el sol, se inclina.

### ESCENA XXI

#### VIVIR ES RECORDAR

LUGAR DE LA ESCENA: *Dentro del alma*

PERSONAJES: HONORIO.—SOLEDAD.—UNA MUJER DESCONOCIDA

ARGUMENTO.—La vida es una reminiscencia. Se confiesa con Honorio una mujer desconocida y buena. Abismado en las reminiscencias de sus recuerdos, ni siquiera oye la santidad de la doctrina de la desconocida; y Soledad, para fijar la atención de Honorio, encarna su espíritu en el rostro de aquella mujer. Honorio se exalta al ver la imagen de Soledad reverberando en los ojos de la desconocida. Vuelve á desaparecer Soledad, y Honorio vuelve á no escuchar la doctrina de la mujer que se confiesa. Nueva aparición de Soledad, y nueva exaltación de Honorio. Después Soledad desaparece del todo; la mujer se aleja; y Honorio queda sumido en el dolor de sus recuerdos.

Buscando un privilegio de inocencia,  
que darle Honorio el confesor podía,  
se acercó de la santa penitencia  
al tribunal, una mujer un día.

Y aunque Honorio, sin fe, no la escuchaba,  
decía la mujer tan santas cosas,  
que un ángel parecía que acababa  
de abandonar las zonas luminosas.

Al trabajo, al dolor y hasta á la muerte,  
altivo Honorio, cual Zenón, resiste;  
mas sin saber por qué, varón tan fuerte,  
cuando oye hablar de amor, se siente triste.

De traje honesto, de esperanzas puras,  
le hablaba la mujer con tanto celo,  
como una de esas nobles criaturas  
que á hacer pensar en Dios, bajan del cielo.

Mas, sin oírla, Honorio se abandona  
al sueño vil de una ilusión impía,  
pues más que en la verdad del que perdona,  
en la fe de Pitágoras creía.

A la mujer de singular belleza  
oye Honorio con aire soñoliento,  
aunque habla como un ángel de pureza,  
de gracia, de virtud y de talento.

Y de ella, aun no escuchada, proseguía  
hablando dulce, el murmurar sonoro,  
que un arroyo de perlas parecía,  
sonando al paso sobre guijas de oro.

Al hablar de virtud con tanto celo,  
parece que es su natural destino  
el de un ángel enviado por el cielo  
para enseñar á Honorio el buen camino.

De pronto, Soledad pasa é ilumina  
de la mujer la sin igual belleza,  
para que oyese Honorio la doctrina  
que vertían sus labios de cereza.

Y fulgura en su faz, como si fuese  
la imagen de un visible pensamiento,  
ó un velo azul y blanco que estuviese  
tejido con la luz y con el viento.

De la santa mujer, al rostro hermoso  
añadió Soledad, pasando pura,  
el no sé qué divino y misterioso  
con que alumbra el amor á la hermosura.

Mas ¡ay! cuando de Honorio impenitente  
en conseguir la conversión se empeña,  
las aguas Soledad mueve, imprudente,  
que duermen en el hueco de la peña.

Honorio sin placer ni simpatía  
de Soledad el alma contemplaba;  
pero un alma que nada le decía,  
unida ya á la carne, le abrasaba.

Por eso, al ver su brillo soberano,  
sintió el dolor de su olvidada historia,  
cual si hubiera llegado alguna mano  
que le hubiese traído una memoria.

¿Qué son esos fugaces resplandores,  
que renovando una cerrada herida,  
despiertan en el alma los ardores  
de la alegre mañana de otra vida?

¡Oh! ¡Cuántas veces, como á Honorio ahora,  
al vago son de nuestra voz responde  
la voz de una persona que se adora,  
mas sin saber quién es, cómo, ni dónde!

Para traer á Honorio al buen camino,  
que la escuchase Soledad quería;  
mas de la hermosa al resplandor divino  
Honorio, por mirar, casi no oía.

De aquel fulgor fantástico tocada,  
brillaba tanto la mujer hermosa,  
que, por la luz de Soledad bañada,  
mas bien que una mujer, era una diosa.

Mirando á la mujer, Honorio, ardiente,  
halló en ella el recuerdo de otra vida,  
y una mirada echó sobre su frente,  
mirada en mil ojeadas dividida.

Mientras él la veía, ella buscaba,  
hincada al pie del confesor, consuelo,  
y más bien que pecados, confesaba  
mil dichas aprobadas por el cielo.

Viéndola Honorio, de su antigua historia  
fué sintiendo unas hondas simpatías,  
cual si encontrar quisiese en su memoria  
algún vago recuerdo de otros días.

¡Ay! ¡Qué serán esas visiones bellas,  
que, los tiempos venciendo y la distancia,  
con vaguedad nos acordamos de ellas,  
cual de un libro leído en nuestra infancia!

Al contar la mujer tan santas cosas,  
mira de frente á Honorio, hermosa y pura,  
como una de esas niñas candorosas  
que no saben qué hacer de su hermosura.

Y como él, decidido, ciego, ardiente,  
miraba á la mujer, á toda prisa  
robando aquel encanto de su frente,  
se alejó Soledad como una brisa.

Cuando del rostro de la dama bella  
la luz de Soledad huyó del todo,  
no miró Honorio, pues la dama aquella  
era hermosa también, mas de otro modo.

Conforme de ella Soledad huía,  
con más tristeza Honorio que despecho,  
no encontrando el recuerdo que quería,  
inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cuenta en tanto la dama lo que siente,  
noble en creer, en pensamientos vasta,  
pasando al porvenir desde el presente,  
encantada, feliz, ingenua y casta.

De la mujer desconocida y bella  
no mira Honorio el rostro peregrino;  
mas Soledad, reverberando en ella,  
de nuevo aumenta su esplendor divino.

Y Honorio, al ver que á la mujer inflama  
aquella sombra, al parecer, venida  
á revelar á la persona que ama  
los profundos misterios de otra vida,

con grandes ojos, de pureza ajenos,  
todo el amor vertiendo de la tierra,  
mira en los de ella, de inocencia llenos,  
un reflejo del cielo que le aterra.

Aquella luz de una ilusión pasada  
le parece una mágica caricia,  
ó el canto de una música, escuchada  
por él en otro tiempo con delicia.

Viendo de Honorio la infernal ternura  
se espanta Soledad, emprende el vuelo,  
ciñe un rayo sol á la cintura,  
y elevada por él, se sube al cielo.

Despojada otra vez de lo ilusorio,  
á ser real, de ideal, volvió la hermosa,  
y volvió entonces á mirarla Honorio  
con ojos que miraban otra cosa.

No viendo ya á la dama, poco á poco,  
sus sentimientos sofocó livianos,  
echó de sí su pensamiento loco,  
y el rostro se cubrió con ambas manos.

Y una esperanza aquí, y allí una queja,  
exhala, medio vivo y medio muerto,  
y aquel fatal confesonario deja,  
de una espantosa palidez cubierto.

Absuelta la mujer encantadora,  
se alejó, satisfecha, de su lado,  
como se aleja el alma pecadora,  
ya aliviada del peso del pecado;

y Honorio, recordando embebecido  
sus labios de coral, sus ojos bellos,  
el fuego de un volcán desconocido  
en su raíz quemaba sus cabellos.

—«¿De quién es, de quién es—grita soñando—  
la voz del eco que en mis sienas zumba?  
¿Qué imagen era aquella que pasando  
me habló del otro lado de la tumba?»

»¿Por qué sombra mi indómito deseo,  
de todo vencedor, es hoy vencido?  
¿De mi vida que haré, si no la veo?  
¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido?»—

Y en lucha tan fatal su alma vencida,  
Honorio el confesor queda de suerte,  
que en su austero pesar, su triste vida  
no tiene más objeto que la muerte.

## ESCENA XXII

### RECORDAR ES VIVIR

LUGAR DE LA ESCENA: *El corazón del hombre*

PERSONAJES: HONORIO.—PALACIANO

ARGUMENTO.—Panteísmo del corazón. El obispo Palaciano, consolando á Honorio en su tristeza y dudando de su fe, registra sus papeles, y halla entre ellos unos versos titulados *El Rosal del Paraclete*. El Prelado echa en cara á Honorio su impiedad, y éste escandaliza á Palaciano con sus sentimientos panteísticos hasta un punto que el Obispo se aleja, decidido á entregarlo al rigor del Santo Oficio.

Consuela á Honorio Palaciano un día,  
prelado lleno de bondad y celo,  
alma débil y honrada, que vivía  
á una distancia igual de tierra y cielo.

Triste Honorio, en fugaz reminiscencia,  
no sé por qué, mirando á Palaciano,  
se dibuja al fulgor de su conciencia  
la prisión y el secuestro de su hermano.

Con amor paternal, casi importuno,  
va el Obispo á animar su fe perdida,  
y registra eficaz, uno por uno,  
los libros compañeros de su vida.

Y—Este hombre es un impío, este hombre es loco—  
dice al ver los fantásticos amores  
de Honorio, á quien acaban poco á poco  
por consunción la fiebre y los dolores.

Y ve que, en su inmortal melancolía,  
vuelve sólo á su espíritu la calma  
el ritmo de la noble poesía,  
esa divina música del alma.

Y que exhala su amor y sus congojas  
en cantos, ora locos, ora cuerdos,  
como este eco arrancado de las hojas  
del libro de sus íntimos recuerdos:

### EL ROSAL DEL PARACLETO

—«La muerte nos transforma, y no morimos—  
leía estremecido Palaciano.—  
Es la tierra en que amamos y sufrimos,  
de un infinito amor el oceano.

»Sobre la tumba de Abelardo había  
cual símbolo de amor y de respeto,  
un rosal que Eloísa plantó un día  
en su amado jardín del Paraclete.

»Primero su raíz, después sus flores,  
la suerte uniendo fué, compadecida,  
como el germen vital de los amores  
junta ó dispersa el viento de la vida.

»Y humilde la raíz, y alto el ramaje,  
después que aquélla lo mezcló en el suelo,  
envueltas en perfume alzó el follaje  
las almas de los dos juntas al cielo.

»El rosal de ella y de él la savia toma,  
y mece, confundiéndolos, la brisa,  
en una misma flor, y un mismo aroma,  
las almas de Abelardo y de Eloísa.

»Para ejemplo y envidia de las gentes,  
la suerte los unió de esta manera.  
¡Oh ser que crees, que esperas y que sientes,  
siente mucho, cree más, y en Dios esperal